

der ya llegar al castillo, jefe y soldados se batieron en la falda y en la pendiente del cerro hasta morir casi en su totalidad. Indudable es que allí tuvieron lugar la herida y la alarma de Pillow y las vacilaciones de sus tropas.

De las de Rangel que formaban parte de la reserva, al amanecer el 13, el batallon de San Blas volvió á ocupar su puesto de la víspera; dos compañías del batallon de Santa-Anna cubrieron la entrada principal de Chapultepec, y el resto reforzó al batallon de Matamoros y se colocó en la arquería del acueducto; quedando disponible el batallon de Granaderos. Rangel cumplió la órden de Santa-Anna de manifestar á Bravo que no le enviaria más tropas hasta que se acercara el momento del asalto.

El mismo Rangel dice en su parte á Santa-Anna:

“El bombardeo calmó, á la vez que el enemigo movió sus columnas de ataque, y V. E. dispuso con este motivo que el batallon de San Blas, ménos la compañía de cazadores, entrase al bosque á impedir el asalto del cerro. En el puesto que cubria el batallon de San Blas, destinó V. E. al de Granaderos, y el señor general D. Matías de la Peña ordenó que pasara la 4ª compañía al bosque con el mismo objeto que el batallon de San Blas. La columna que el enemigo movió contra el punto de mi mando, se detuvo á más de tiro de fusil, comenzando á desfilarse en dispersion por derecha é izquierda, haciendo retroceder á vivo fuego hasta el parapeto á la compañía de cazadores de San Blas, con gran pérdida de sus oficiales y de cerca de la mitad de su número, por haber sostenido el fuego un gran rato. Retirada ésta, rompí el fuego sobre el enemigo con artillería y fusilería, tan nutrido como V. E. advertiria: desgraciadamente, en los momentos en que más necesidad tenia yo de la pieza que enfilaba la calzada, por haberse aproximado el enemigo á su vuelta, se quedó en el fondo del ánima una feminela por haberse roto el escobillon, la que no fué posible sacar, pues en esta operacion hirieron gravemente al oficial que la mandaba y mataron á otros de los artilleros que la servian, quedando reducida la dotacion á 3, por haber auxiliado con el resto al E. Sr. general Bravo.”

Despues de largo y activísimo fuego, el comandante del batallon de Matamoros D. Juan B. Traconis, avisó que los fusiles de dicho cuerpo se estaban inutilizando; y como no se contaba ya con el batallon de Granaderos, destinado á la fortificacion de la izquierda, dispuso Santa-Anna que el 3º Ligero relevara al expresado batallon de Matamoros. Antes de efectuarse tal relevo “el enemigo —dice Rangel— habia logrado subir al cerro de Chapultepec, y se veía á los defensores de este punto

descender hasta por las ventanas, lo cual ocasionó que aunque hice tocar á armar la bayoneta, no fué posible resistir el asalto, porque de dentro del mismo bosque venian las balas que dieron por la espalda á algunos soldados. No me quedó otro recurso que el de retirarme con tres piquetes, uno de Granaderos como de 14 hombres, otro de Matamoros de Morelia con cerca de 100, y otros tantos del batallon de Santa-Anna, en solicitud de mi batallon de Granaderos, que habia yo visto retirarse con el Sr. general Peña, ménos la 4ª compañía que aún quedaba en el bosque.”

Se ve por esta relacion, que el grueso de las fuerzas de Quitman no tomó las baterías exteriores al Este de Chapultepec, sino momentos despues de la captura del castillo por el grueso de las tropas de Pillow.

Solo me falta insertar aquí lo que Santa-Anna refiere en su “Detall de las operaciones.”

“El 13 al amanecer, concurrieron todas las tropas disponibles abajo de Chapultepec, y yo mismo estuve presente. El enemigo continuó sus fuegos de mortero y de cañon, y entre siete y ocho de la mañana comenzó á mover sus columnas de ataque. Media hora ántes llegó á mis manos un oficio del Sr. general Bravo, contraido á decir al señor ministro de la Guerra (que se hallaba siempre á mi lado) *que la guarnicion de arriba seguia acobardada, y que en la noche se habia notado alguna desercion y pedia que se le relevara con otra clase de tropa.* En vista de esta nota dispuse que el batallon de San Blas, con fuerza de 400 hombres, y á quien yo distinguia por el brío que advertia en tan buenos soldados, marchara á reforzar el fuerte de arriba, y á su comandante el bravo Xicotencatl le previne que se presentara al Sr. general Bravo y recibiera sus órdenes. Al romper la marcha este cuerpo, el toque de corneta anunció que el enemigo avanzaba sobre nuestros puntos, y entonces mandé al mismo jefe que á paso veloz subiera al fuerte. En estos momentos encontrábame yo en la puerta del bosque. En efecto, llegó á tiempo, segun observé, y en los primeros atrincheramientos del cerro se batió desesperadamente hasta concluir casi todo, resistiendo el empuje de los enemigos procedentes del Molino del Rey.

“Haciéndose general el ataque, yo proveía con mi reserva á las necesidades que se notaban. Esta reserva me quedó reducida á los batallones 3º Ligero con 400 plazas; 4º idem con 300; 11º de Línea con 600; Activo de Morelia con 300; y el de Hidalgo, de guardia nacional, con 350; formando todos un total de 1,950 hombres, que fueron empleados del modo siguiente: Al 3º Ligero le mandé que reforzara al batallon de San Blas, y en marcha tuvo que retroceder, porque en estos momentos el enemigo

se apoderó del fuerte de Chapultepec: al 4º Ligero, al 11º de Línea y al Activo de Morelia, que se mantuvieron en reserva á las órdenes del general Lombardini, para auxiliar á los puntos de abajo que eran atacados por fuertes columnas vigorosamente; y al de guardia nacional de Hidalgo lo coloqué en el flanco izquierdo de la fortificación que defendía el camino de la Condesa, donde se batió bien.<sup>1</sup>

“No obstante las pocas fuerzas que defendían las posiciones de abajo, el arrojo con que el enemigo las atacaba, y su mayor número, él fué bizarramente rechazado y no avanzaba un paso, cuando comencé á advertir que el fuerte de arriba no hacía el fuego que era de esperar de su guarnición, y poco despues vi con sorpresa que en grandes pelotones descendían huyendo y abandonaban cobardemente sus parapetos, que sólo de esta manera pudiera el enemigo haber ocupado fácilmente. Tan infame conducta me puso en el mayor conflicto, pues ocupadas las alturas de Chapultepec por el enemigo, las fuerzas de abajo quedaban enteramente expuestas á ser asesinadas con impunidad, y para evitarlo no quedó otro recurso que emprender la retirada para las garitas de Belem y Santo Tomás. Así lo ordené en medio de la mayor desesperación.”

En lo inserto no ha sido Santa-Anna justo con los defensores de Chapultepec ni con el jefe de ellos. Despues de los avisos y reiteradas manifestaciones de Bravo acerca de lo exíguo y desmoralizado de la guarnición, y en vista de la destrucción del corto refuerzo que se le envió á última hora y que no logró ya subir al fuerte, ¿qué otro desenlace se podía esperar que el habido? Y no paró aquí la injusticia del general presidente hácia Bravo: indignado de que en su parte no mencionara el auxilio llevado por Xicotencatl, ni el heroico sacrificio de este jefe y de sus soldados, ni las operaciones de la reserva en el exterior al Oriente y al Sur —en lo cual obró mal el jefe del punto— consignó Santa-Anna la calumniosa vulgaridad de que Bravo había sido hallado en una zanja

<sup>1</sup> Ya se ha visto, por el parte de Rangel, que además del batallón de San Blas (excepto su compañía de cazadores) entró al recinto de Chapultepec la 4ª compañía del batallón de Granaderos.

El de guardia nacional Hidalgo, de que era jefe el teniente coronel Don Félix Galindo, fué movido esa mañana de la garita del Niño Perdido á Chapultepec, y llegaba á la Casa de Alfaro cuando en el fuerte se enarboló el pabellón enemigo. Fué dicho cuerpo situado en la expresada Casa de Alfaro á proteger la retirada de los que la efectuaron por este rumbo; y se retiró en seguida él mismo, sosteniendo muy vivo fuego contra los invasores que avanzaban por el acueducto y los potreros de la hacienda de la Condesa. Tuvo allí algunos muertos y heridos, y entiendo que entre los segundos se contó su valiente y digno jefe.

llena de agua y conocido por lo blanco de su cabello, y pidió que se le sometiera á un juicio, de que, naturalmente, salió vindicado.<sup>1</sup> Aun cuando hubiera sido una realidad aquel absurdo, la honra de México habría exigido cubrirle con el manto del silencio —como cubrieron Sem y Japhet la desnudez de su padre— tratándose de cabellos encanecidos en el campo de batalla en servicio de la nación; tratándose de uno de los padres de la independencia; de un hombre digno, fundido en el molde de los varones ilustres de Plutarco!

Esta debilidad de Santa-Anna redundó en contra suya, indignando los ánimos é influyendo en que absoluta y ciegamente se le culpara de la pérdida de Chapultepec. Por lo aquí relatado se verá que sus solas faltas consistieron en no haber aumentado la guarnición desde la noche del 12, y en lo tardío y escaso del refuerzo enviado al interior del punto en la mañana del 13; refuerzo que, por otra parte, no habría podido ser muy numeroso cuando las tropas de reserva cubrían la entrada y todo el lado oriental del punto mismo, conteniendo al grueso de las fuerzas de Quitman hácia Tacubaya, y á la columna de Worth en el ángulo de las calzadas de Anzures y la Verónica; todo lo cual constituía un auxilio directo y eficaz al castillo.

Sobre las pasiones y recriminaciones del momento, surgía el hecho gravísimo de que la llave de nuestra capital quedaba en poder de los invasores.

En el campo de Scott su resolución de atacar á Chapultepec no halló apoyo sino en uno ó dos generales; habiendo los demás opinado por el ataque á la garita de San Antonio Abad, cuyo sistema de fortificaciones era incompleto del 9 al 10 de Setiembre, y cuyo punto, una vez tomado, dejaba abierta y franca la entrada, sin otro obstáculo alguno militar, hasta el centro de la ciudad. No debía suceder así respecto de Chapultepec, que, despues de caer, dejaba en pié las garitas fortificadas de Belem y de todo el rumbo de San Cosme, amén de la Ciudadela, con que habría que tropezar si se entraba por la expresada garita de Belem.

Criticóse, pues, á Scott la elección del punto de ataque, así como se le había criticado que hasta el 7 ó el 8 de Setiembre diera principio del lado Sur á sus reconocimientos formales y proveyera al arreglo de sus hospitales de sangre y á la traslación de su artillería gruesa conservada

<sup>1</sup> El mismo general Santa-Anna, vuelto al poder años despues, dispensó aprecio y consideraciones á Bravo.

en Mixcoac, todo lo cual pudo muy bien haber hecho durante los últimos días del armisticio según sus principales compañeros de armas. A la demora habida en tales reconocimientos y arreglos, y la cual impidió obrar pronta y resueltamente sobre la garita de San Antonio Abad el 9 ó el 10, antes de que se completaran sus fortificaciones, se atribuyó principalmente la resolución del comandante en jefe de embestir nuestro punto más fuerte al Oeste de la ciudad, creyendo, por otra parte, que la toma de Chapultepec decidiría la rendición de la plaza, y no contando con la resistencia que después halló en las garitas de Belem y San Cosme.

En cuanto á las operaciones contra Chapultepec en sí mismas, se hizo notar que las baterías á la distancia á que fueron establecidas, no podían destruir el fuerte, ni abrir brechas en él, ni lograr otra cosa que molestar y desmoralizar á la guarnición; siendo así que se pudo y debió sacar mayor partido de las piezas de grueso calibre, economizando sangre y fatiga á las columnas asaltantes: que, destinada toda la división de Worth á sostener á Pillow en su ataque del lado occidental, no debió Scott haber dispuesto de una de sus brigadas para que avanzara por el flanco septentrional de la fortaleza: por último, que el ataque de Quitman y su gente á nuestras baterías de abajo, al Sureste, pudo haberse omitido, en vista de que la parte de esta columna que concurrió á la toma de la altura había logrado penetrar por los lados mismos que dieron entrada al bosque á las fuerzas de Pillow, y supuesto que la toma de la expresada altura había de determinar forzosamente el abandono de tales baterías, desde el momento en que se hallaran bajo los fuegos del castillo á su espalda. <sup>1</sup>

Después de impresos los pliegos de esta obra relativos á la batalla de Molino del Rey, he visto en algun documento contemporáneo (La "Im-

<sup>1</sup> Los lectores que deseen aumentar su conocimiento de los hechos de armas habidos desde el principio de esta campaña hasta la pérdida de la capital, hallarán otras noticias, y juicios militares muy acertados, en la obra que el coronel de artillería D. Manuel Balbontin acaba de publicar bajo el título de "La Invasión Americana. 1846 á 1848," en 1 tomo de 138 páginas en 8º, con planos de la defensa de Monterey y de las batallas de la Angostura, Padierna y Churubusco, (México, 1883, tipografía de Gonzalo A. Esteva.) Dicha obra se compone de apuntamientos formados en los días de la campaña, á que concurrió de subteniente de artillería Balbontin, y tiene, entre otros méritos, el de no describir sino las acciones en que se halló presente el autor. Sus narraciones de la defensa de Monterey, en que fué hecho prisionero, y de la batalla de la Angostura, son interesantísimas por su estilo y claridad, no menos que por la abundancia y novedad de sus pormenores.

pugnación" del diputado D. Ramon Gamboa al "Informe" del general Santa-Anna), que pocos meses más tarde, el general D. Manuel Andrade fué absuelto en consejo de guerra de los cargos que le resultaban del parte oficial del general Alvarez acerca del comportamiento de la caballería en la expresada función de armas; y creo debido consignarlo aquí desde luego, aun cuando no sea este el lugar mas propio.